

***El hombre es la medida de todas las cosas.
El t3pico androc3entrico en Arqueolog3a y las alternativas
metodol3gicas feministas***

Sandra Lozano Rubio
Investigadora Predoctoral FPU

sandra.lozano@ghis.ucm.es

RESUMEN

El t3pico androc3entrico que presenta recurrentemente al hombre como protagonista absoluto de todas las etapas de la Historia y a las mujeres como sujetos que han asistido pasivos al devenir hist3rico no solo est3 presente en manifestaciones culturales para el gran p3blico, sino que tiene su origen en la comunidad cient3fica y en la Arqueolog3a acad3mica. Este art3culo reflexiona en torno a c3mo y por qu3 se ha reproducido dicho t3pico en una disciplina que busca la objetividad a trav3s de m3todos cient3ficos. Seguidamente se exponen dos alternativas procedentes de la epistemolog3a feminista que han sido aplicadas en Arqueolog3a y que han depurado a la disciplina de dichos t3picos. Finalmente se reivindica la necesidad de perspectivas cr3ticas como la feminista para evitar la proliferaci3n de estereotipos que favorecen pautas sociales de desigualdad.

Palabras clave:

t3pico, androcentrismo, empirismo feminista, *standpoint theory*

ABSTRACT

The androcentric stereotype displays men as the main characters of History and women as passive subjects that have not made relevant contributions to the development of the humankind. This stereotype is not only present in many cultural representations but, more importantly, it is present in the very core of archaeological research. This paper reflects on the reasons why the stereotype has been originated and fed in a discipline that developed scientific methods to pursue objectivity. I describe two methodological alternatives from feminist epistemology that have been applied into Archaeology in order to eliminate such stereotypes. Finally, I insist on the need to count with critical perspectives such as feminism to prevent the emergence of stereotypes that foster social inequality.

Keywords:

stereotype, androcentrism, feminist empiricism, standpoint theory

Rebut: 1 septembre 2010; Acceptat: 1 decembre 2010

RESUM

El tòpic androcèntric que presenta recurrentment a l'home com a protagonista absolut de totes les etapes de la Història i a les dones com a subjectes que han assistit passius al devenir històric no només està present en manifestacions culturals per al gran públic, sino que té el seu origen en la comunitat científica i en l'Arqueologia acadèmica. Aquest article reflexiona sobre com i perquè s'ha produït aquest tòpic en una disciplina que busca l'objectivitat a través de mètodes científics. Seguidament s'exposen dues alternatives procedents de l'epistemologia feminista que han estat aplicades en l'Arqueologia i que han depurat a la disciplines d'aquests tòpics. Finalment es reivindica la necessitat de perspectives crítiques com la feminista per evitar la proliferació d'estereotips que afavoreixen pautes socials de desigualtat.

Paraules Clau:

topic, androcentrisme, empirisme, feminista, standpoint theory

INTRODUCCIÓN

Un tòpico es una idea distorsionada, un estereotipo que contiene lugares comunes, argumentos poco rigurosos pero que se repiten con asiduidad y se infiltran en la parte menos noble del ideario colectivo. La Arqueología y la Historia están plagadas de tòpicos y la mayoría- lejos de ser inocuos- se sitúan en el origen de graves problemas sociales. Por ejemplo, el tòpico romántico del arqueólogo aventurero y cazatesoros, que aún pervive en el imaginario colectivo, impide que la sociedad perciba la importancia de regular una profesión que hasta la fecha sigue muy precarizada.

En este caso me gustaría explorar el tòpico androcèntrico. Según éste, los hombres son los únicos protagonistas de la Historia. Ellos han generado todos los instrumentos que han hecho avanzar a la Humanidad y han protagonizado todos los episodios relevantes. Por su parte, las mujeres, han asistido al desarrollo histórico sin contribuir con nada significativo, como meras espectadoras del devenir humano. El tòpico se manifiesta en todo tipo de soportes culturales: libros de texto, exposiciones museísticas, revistas de divulgación, anuncios de televisión, dibujos animados, películas, etc. que no escatiman esfuerzos en representar al hombre como sujeto histórico activo, a menudo monopolizando la totalidad de la experiencia humana, y a las mujeres como objetos pasivos (QUEROL, 2005; 2008; MOSER, 1993).

No obstante, este tòpico tiene una característica muy especial: no habita solo en las mentes de la gente común, sino que tiene su origen en la comunidad científica que, consciente o inconscientemente, lo ha diseminado en sus discursos académicos. De modo que también se encuentra en sesudos estudios arqueológicos y publicaciones científicas. Gracias a la exégesis de las perspectivas críticas en Arqueología y al desarrollo de la pluralidad teórica y metodológica este tòpico se va asfixiando poco a poco, pero aún queda un largo camino para que desaparezca de la Academia y posteriormente de la sociedad.

En el presente artículo me dispongo a reflexionar brevemente en torno al tòpico presente en la Academia: ¿cómo y por qué se reproducen ideas androcéntricas si se utilizan métodos científicos? Seguidamente presento un par de alternativas metodológicas, diseñadas desde la epistemología feminista, que cuando se aplican en Arqueología demuestran ser muy útiles a la hora de depurar tòpicos y ampliar las perspectivas de las interpretaciones arqueológicas.

DISECCIÓN DE UN TÓPICO

En los años setenta, la Arqueología estaba en pleno proceso de "modernizarse" y adoptar metodologías científicas que la acercaran a la eficacia y objetividad de las ciencias duras (Johnson, 2009). Al mismo tiempo, y al abrigo

de esta nueva modernización, hubo arqueólogas que empezaban a interesarse por el estudio del género como categoría social descrita por el feminismo. Entre otras cosas, llevaron a cabo una profunda revisión de los sesgos androcéntricos que se filtraban en la Arqueología sin que nadie antes los hubiera percibido (GERO, 1985; SORENSEN, 2000; NELSON, 2006; CONKEY and SPECTOR, 1984; WYLIE, 1994). Los sesgos más significativos que denunciaron fueron los relativos a las interpretaciones y a la presentación de los resultados (CONKEY y SPECTOR 1984, GERO 1985, SPECTOR y WHELAN 1989). Un ejemplo muy mencionado para ilustrar el androcentrismo en el que caía la Arqueología constantemente fue el análisis que Watson y Kennedy (1991) llevaron a cabo sobre las teorías que explicaban la aparición de la agricultura en las llanuras orientales norteamericanas. Por un lado, todas asumían que las mujeres debieron ser las principales recolectoras de plantas durante el periodo de caza-recolección, y una vez comienzan a basar su vida en el cultivo, también asumían que eran las mujeres las principales horticultoras. Sin embargo, a la hora de explicar el origen del cultivo de plantas, es decir, el punto de inflexión que cambiará su modo de vida de forma radical, las teorías predominantes no otorgaban ningún papel innovador y activo en el desarrollo de los cultígenos a las mujeres. Las explicaciones basculaban entre quienes pensaban que habían sido los chamanes (siempre entendidos como masculinos), por su conocimiento mágico/religioso los protagonistas de tal desarrollo, o bien que el cultivo de plantas se había producido de modo fortuito a través del patrón de deposición de desechos en lugares concretos. Es decir, o bien fueron los hombres los creadores de la agricultura, o bien la agricultura había surgido espontáneamente, pero en ningún caso se baraja la posibilidad de que el conocimiento adquirido por las mujeres dado su trabajo como recolectoras y el posterior como horticultoras haya tenido que ver en se-

mejante descubrimiento. Además de desmontar el prejuicio androcéntrico que se derivaba de estas explicaciones, y según el cual las mujeres son siempre agentes pasivos, las autoras demuestran que empíricamente no se sostenían (WATSON y KENNEDY 1991: 262-267). Este ejemplo de sesgo androcéntrico alude a la supresión del género y de las mujeres en las cuestiones de especial relevancia para el desarrollo de la Humanidad.

Otro tipo de sesgo es el de la distorsión, es decir, la constante proyección de ideas actualistas y androcéntricas sobre la división sexual del trabajo y los papeles desempeñados por los sexos en la Prehistoria (WYLIE 1994). Por ejemplo, tradicionalmente se asumía que en los grupos de cazadores-recolectores los varones eran los proveedores y las mujeres seres dependientes e improductivos, teoría ampliamente contestada desde los años setenta por antropólogas del género (cfr. MARTIN and VOORHIES, 1975). La distorsión va desapareciendo poco a poco de la Academia, pero aún se lleva hasta límites insospechados en las representaciones museísticas, en las ilustraciones de libros de texto y en los dibujos explicativos de yacimientos arqueológicos que no dejan de transmitir una y otra vez la idea de unas mujeres pasivas cuya contribución a la Historia es insignificante (QUEROL, 2003; 2000).

¿Por qué la Arqueología ha transmitido tópicos sexistas y androcéntricos a pesar de los ingentes esfuerzos por perseguir la objetividad científica? La respuesta combina varios elementos. En primer lugar, porque la ciencia no se genera en el vacío, sino en el seno de sociedades concretas. La Arqueología nace y se desenvuelve en sociedades vertebradas jerárquicamente en función del sexo. Si aceptamos la premisa foucaultiana según la cual hay una íntima relación entre poder y conocimiento, no sorprende que de una sociedad patriarcal surgan ciencias que justifiquen dicho orden político. En el caso de

la Arqueología o la Historia con mucho más motivo, puesto que ambas disciplinas tienen el honor de ser el discurso legitimador de nuestro presente. Ambas conforman el relato que nos dice de dónde venimos y que nos convence de que somos el grupo humano que más éxito ha tenido (HERNANDO, 2006). En el pasado se buscan aquellos elementos que refuerzan el orden actual y lo presentan como el mejor, el más coherente, la evolución más lógica. De un presente patriarcal solo se puede esperar una Historia también patriarcal. Además, los sistemas de poder tienen la peculiaridad de mostrar como universal aquello que en realidad es particular y en el caso del relato histórico se ha presentado lo masculino como sinónimo de lo humano. Así, por ejemplo, se presentan hechos históricos como avances en la Historia de la humanidad cuando en realidad solo fueron avances para los hombres y a menudo supusieron un retroceso significativo en la vida de las mujeres (véase el caso de la democracia en la Atenas clásica, el Renacimiento o la Revolución Francesa).

En segundo lugar, y en relación con lo anterior, la Ciencia (y a estos efectos, la Arqueología lo es), ha negado recurrentemente que los valores políticos o morales tengan algún papel en la creación de conocimiento. Esta negación es consecuencia de una idea de la ciencia un tanto inocente, como una actividad individual, autónoma, lejos de influencias mundanas (GONZÁLEZ GARCÍA, 2005). Pero a pesar de los concienzudos intentos porque la metodología arqueológica fuera lo más objetiva y científica posible, lo cierto es que no ha dejado de transmitir conocimientos sesgados por ideologías políticas (patriarcales, colonialistas, clasistas, etc.). Afortunadamente, hoy contamos con aproximaciones teóricas y metodológicas que ayudan a entender estos malos hábitos científicos y los depuran para que del conocimiento no se deriven argumentos sesgados que justifiquen desigualdades en el presente. Me refiero,

en este caso, a la teoría crítica feminista, que desde principios de los años ochenta viene aplicándose a la Arqueología con buenos resultados a la hora de desvelar sesgos ocultos y aportar un conocimiento que compensa el desequilibrio de género que había hasta entonces en la disciplina. Las perspectivas críticas como la feminista han desarrollado una idea de lo que la ciencia es que se ajusta más a la realidad y que explica la existencia de tópicos y sesgos a pesar de que los científicos se empeñan en que nada de eso aparezca en sus estudios (POTTER, 2006; TANESINI, 1999; HARDING, 1991).

ALTERNATIVAS METODOLÓGICAS FEMINISTAS

EL EMPIRISMO FEMINISTA

Una de sus aportaciones clave es el análisis de las relaciones entre el *contexto de justificación* y el *contexto de descubrimiento*. Según los estándares científicos más ortodoxos- los derivados del método hipotético-deductivo tal y como lo describen Hempel (1965) y Nagel (1961)-, el *contexto de justificación* es el ámbito en el que se confirman o se descartan las hipótesis científicas, donde se utiliza ese conjunto de reglas llamado método y, en definitiva, donde la actividad científica por excelencia se lleva a cabo. En contraste, el *contexto de descubrimiento* es aquel estadio previo en el que residen los factores que afectan a la formulación de hipótesis. Este último no está dirigido por reglas ni por métodos científicos, solo es un ejercicio creativo cuyos mecanismos se quedan al margen de lo que es la ciencia. Una vez que las hipótesis pasan por los filtros rigurosos del contexto de justificación cualquier rastro de sesgo cultural, moral o político desaparece. Pues bien, las perspectivas críticas vienen a demostrar que, en realidad, los valores y los prejuicios que afectan a la formulación de hipótesis permean en todo el proceso científico, habiendo una relación entre el *contexto de jus-*

tificación y el contexto de descubrimiento mucho más estrecha de lo que la ciencia ortodoxa ha querido nunca admitir (LONGINO, 1990; NELSON, 1990; TANESINI, 1999). Solo así se explica la presencia de resultados sesgados en disciplinas como la Arqueología.

Al igual que desde otras alternativas científicas, desde el feminismo se han desarrollado metodologías que integran el escrutinio del contexto de descubrimiento. A continuación describiré brevemente dos de ellas que además han sido puestas en práctica en Arqueología (para un análisis más detallado cfr. Lozano Rubio, en prensa).

La primera es la estrategia denominada *empirismo feminista* o la postura crítica clásica del feminismo, que mantiene los lazos con los principios positivistas (FERNÁNDEZ MATÍNEZ 2006: 192). Desde esta postura se entiende que el androcentrismo y el sexismo imperantes en la ciencia son errores que se corrigen si la investigación se ciñe más estrictamente a las normas hipotético-deductivas de la ciencia. Es decir, no se critica el método, sino un mal seguimiento del mismo que da como resultado mala ciencia empírica. Junto al seguimiento celoso del método, la estrategia feminista empirista ha integrado la idea de que la ciencia es una actividad que se realiza en comunidad y no una búsqueda individual del saber. Como cualquier otro grupo social se ve afectado por circunstancias políticas, económicas, éticas y sociales que influyen en su trabajo. También ha acogido dos de las tesis fundamentales de Quine (1990), a saber, que la observación no es independiente de la teoría (es decir, que necesitamos un respaldo teórico para poder descifrar lo que percibimos a través de la experiencia) y la premisa de la infradeterminación de los datos empíricos (o que un mismo grupo de hechos puede ser explicado a través de varias teorías). Es decir, esta alternativa metodológica busca mejorar las limitaciones po-

sitivistas para reforzar el método científico. Sobre cómo lidiar con los valores y los sesgos que afectan sobre todo al contexto de descubrimiento el empirismo feminista ha diseñado varias fórmulas. Helen Longino (1990) propuso el modelo de “ciencia democrática”. En su opinión, para practicar una buena ciencia habría que poder neutralizar el efecto de todos los prejuicios y valores que se filtran en el contexto de descubrimiento. Para ello Longino propone que cada comunidad científica esté integrada por individuos de distintos orígenes, distintas identidades y diversos *backgrounds* sociales que tengan igual acceso a evaluar y escudriñar el trabajo de los demás. Si la variedad identitaria dentro de la comunidad científica es lo suficientemente amplia se logrará minimizar al máximo el efecto de los valores. Lynn Nelson (1990), por su parte, propone otra alternativa. En su opinión, es imposible deshacerse de los valores que nos influyen a la hora de construir conocimiento, de modo que la clave no está en hacerlos desaparecer sino en trabajar con ellos de la manera más eficaz posible. Lo cierto es que hay algunos valores morales, éticos o políticos que ayudan a crear un conocimiento científico más riguroso, mientras otros tienden a generar resultados altamente sesgados. Por ejemplo, la convicción ética de la igualdad de los seres humanos ayuda a no minimizar las contribuciones y características de los pueblos que no están en la cúspide social, mientras un interés racista tiende a empañar el conocimiento de los grupos sociales a los que discrimina. En opinión de Nelson habría que someter a una crítica empírica los valores del contexto de descubrimiento para distinguir entre los que tienen (o pueden tener) un efecto positivo en la ciencia y los que no.

En Arqueología, la versión positivista de la ciencia se conoce generalmente como “proceso-sualismo”, una tendencia nacida en el mundo anglosajón que renovó la Arqueología teórica y metodológicamente (JOHNSON, 2009). Aun-

que el procesualismo abogó porque el objetivo de la Arqueología fuera el estudio de los seres humanos y no el mero análisis tipológico de la cultura material, su versión más ortodoxa no alcanzó a considerar el género como una variable esencial en la configuración social de cualquier grupo humano. En su lugar, y como mencioné más arriba, los sesgos y los tópicos sexistas propios de la segunda mitad del s. XX no dejaron de permear el trabajo arqueológico y las explicaciones sobre el funcionamiento de las sociedades pasadas. Esos tópicos se encontraban en el contexto de descubrimiento al que los procesualistas, en su intento de generar un modelo positivista ortodoxo, no prestaron atención. Las arqueólogas que empezaban a mostrar interés por el feminismo y su análisis social fueron quienes se percataron de las limitaciones del nuevo paradigma y crearon herramientas para superarlas. Además de señalar la arbitrariedad de ciertas interpretaciones (los tópicos, que vimos más arriba) buscaron la manera de incluir el análisis del género como construcción social en las sociedades del pasado. Su implicación en la corriente política y teórica del feminismo les hizo ver que las identidades y relaciones de género, lejos de ser un esquema inmóvil e innato son un producto cultural. De modo que trasladar la configuración de género del presente al pasado era un ejercicio de torpeza científica que debía enmendarse. Y así mejoraron el método procesualista. Las pioneras en llevar a cabo análisis de género dentro del paradigma procesualista fueron noruegas y norteamericanas. Los comienzos no fueron fáciles porque desde las posiciones normativas procesualistas veían como una amenaza un análisis inspirado en una corriente política como el feminismo. Vieron los valores implícitos en dicho intento y no los intereses androcéntricos que empañaban la práctica científica más ortodoxa.

En los comienzos de la arqueología de género había que superar tres problemas: la escasez de

las fuentes, el problema de cómo atribuir determinados materiales a las mujeres y cómo disipar las sospechas de la “parcialidad del intento” (DOMMASNES, 1992). Los dos primeros se solventaron en el caso noruego abordando los enterramientos. En aquellos contextos era posible vincular los objetos del ajuar a los individuos sexuados enterrados, así que en sus inicios la arqueología de género fue casi en exclusividad arqueología funeraria. Entre 1976 y 1984 en Noruega se publicaron tres tesis doctorales cuyas aportaciones demostraron la viabilidad de estudiar las cuestiones de género y desbancaron la idea de la falta de evidencias (DOMMASNES, 1992). En el caso norteamericano, el problema de las evidencias y la atribución se solventó apelando a la etnografía: una fuente privilegiada de información para el paradigma procesualista. De ella surgieron por ejemplo los análisis de actividades femeninas y masculinas que desarrolló Janet Spector (1983). El tercer problema, la “sospecha” se superó con la adhesión al método positivista.

Sin quererlo, el procesualismo pavimentó el camino para una arqueología feminista cuyas practicantes demostraron una gran pericia en el uso del método científico y una gran capacidad de depurar la arqueología del sesgo androcéntrico. Son el ejemplo en Arqueología del empirismo feminista que describí más arriba. Aún hay abundantes representantes de la arqueología de género procesualista que contribuyen a la variedad del paradigma. Un ejemplo de ello es Elisabeth Brumfiel que en los noventa llevó a cabo una crítica fundamental al paradigma procesual en el que trabajaba, atacando la idea de que las culturas son sistemas adaptativos. Reclamó una mayor atención a variables internas como el género o la clase y comenzó a señalar la importancia de la interseccionalidad (BRUMFIEL, 1992).

LAS TEORÍAS DEL PUNTO DE VISTA

El empirismo feminista— como también otras críticas postmodernas al positivismo—, había desvelado una debilidad del método positivista que otras corrientes llevaron más lejos. Si la identidad de quien investiga tiene un efecto en el proceso científico, si el contexto social en el que se desarrolla la ciencia es relevante para conseguir unos resultados satisfactorios, entonces para algunos/as, el positivismo estaba herido de muerte. Dentro del feminismo surgió entonces lo que se conocen como *teorías del punto de vista o standpoint theories*, según las cuales hay que aceptar que todo conocimiento es situado y creado desde una perspectiva concreta. Es necesario, por tanto, explicitar desde que perspectiva se aborda el trabajo científico para que el resto de la comunidad pueda evaluar los intereses y valores éticos, políticos o morales que impregnan el proceso.

El ejemplo del androcentrismo— los sesgos y los tópicos sexistas que inconscientemente habían resistido el método positivista—, demostró que afirmar que no se tienen intereses o valores que afecten la investigación es, en realidad, ocultar que se asumen los valores conservadores de la ideología dominante (FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, 2006). Lejos de sumir a la ciencia en un relativismo extremo, las teorías del punto de vista exigen unos criterios de evaluación muy estrictos. Retomando la idea que ya habían propuesto empiristas como Nelson (1990), las teóricas del punto de vista exigen evaluar la idoneidad de los valores en ciencia. Por ejemplo, Sandra Harding (1986; 2002) desarrolló a finales de los ochenta el concepto de *strong objectivity* según el cual es necesario evaluar bajo estándares científicos los mecanismos que nos llevan a definir qué problemas existen, qué hay que analizar, qué hipótesis se plantean y qué prioridades se siguen. En definitiva, la evaluación del contexto de descubrimiento. En un paso más allá, las teóricas del punto de vista afirman que son aquellos

valores e intereses que se derivan de los grupos sociales menos favorecidos los que garantizan a menudo un conocimiento científico social más completo, pues adoptar el punto de vista de los grupos dominantes impide apreciar las contradicciones, limitaciones y desigualdades de los sistemas sociales. La ciencia social se beneficiaría, por tanto, si se integran perspectivas críticas que adopten puntos de vista de los márgenes sociales al tiempo que se practica un escrutinio no solo del contexto de justificación sino del contexto de descubrimiento. En el caso del feminismo, las teorías del punto de vista promueven partir de la experiencia de las mujeres para alcanzar un conocimiento social más completo, o al menos para remediar la estrechez interpretativa de las teorías que solo contemplan la realidad masculina.

La arqueología de género de corte feminista ha conseguido incluir en la agenda temas e hipótesis que nunca antes se habían planteado y que buscan mitigar el carácter androcéntrico que la Arqueología ha tenido tradicionalmente, completando nuestro conocimiento sobre el pasado de los grupos humanos. En los últimos años ha habido muchas iniciativas que buscan partir de la experiencia de las mujeres (en el presente y en el pasado histórico) para tener una perspectiva más amplia de la realidad social. Un buen ejemplo de ello es el programa de investigación de “actividades de mantenimiento” que surge para conocer la realidad de unos trabajos que habían quedado al margen de los relatos históricos (BARDAVIO and GONZÁLEZ MARCÉN, 1996; PICAZO, 1997; GONZÁLEZ MARCÉN et al., 2006; Montón SUBIAS, 2009; ARANDA JIMÉNEZ et al., 2009).

Se entiende por actividades de mantenimiento toda una serie de trabajos relacionados con el sustento, bienestar y reproducción de todos los miembros de un grupo (PICAZO, 1997; MONTÓN SUBIAS, 2000; GONZÁLEZ MARCÉN et al., 2006). Estas actividades y cómo se

organizan varían en función de la cultura, pero básicamente comprenden todas las relacionadas con los cuidados, recogida, procesamiento y cocinado de alimentos, hilado y tejido, los trabajos relacionados con la higiene, la salud, la socialización de los miembros infantiles y el acondicionamiento de los espacios de habitación. El objetivo y la razón de ser de estas actividades es ni más ni menos que garantizar la supervivencia del grupo, asegurando la posibilidad de su recurrencia, de su estabilidad diaria y canalizando los cambios en nuevas pautas reiterativas que permitan a los miembros de un grupo vivir con normalidad el día a día (HERNANDO, 2006). Requieren de un conocimiento tecnológico específico y de habilidad para mantener las redes sociales que vertebran las unidades domésticas de pequeña escala (PICAZO 1997: 59-60, MASVIDAL et al. 2000: 109, GÓNZALEZ MARCÉN et al. 2008: 3). Los “productos” de estas actividades benefician y son compartidos por todo el grupo, pero la responsabilidad de su práctica- a tenor de la información histórica y etnográfica de todo tipo- suele recaer en las mujeres del grupo. Normalmente coinciden con lo que denominamos “labores o tareas domésticas” pero esta denominación no es neutral y va asociada a un tipo de unidad doméstica concreta y de parentesco: la familia nuclear patriarcal con el modelo de hombre sustentador/proveedor de recursos y mujer cuidadora, que identifica como bajo el estatus de las personas que se dedican a ellas, así que por todos estos motivos se evita tal denominación (Picazo 1997).

Paradójicamente, aunque el material arqueológico más común es el relacionado con este tipo de actividades, no han sido atendidas convenientemente y se las ha considerado epifenómenos o aspectos marginales carentes de historia (PICAZO 1997, MASVIDAL et al. 2000: 114). En una primera instancia ello parece constituir una evidencia más de lo que es un patrón general en la Historia: la ocultación

sistemática y/o subestimación de las mujeres y sus actividades. Sus iniciadoras explican el surgimiento de la iniciativa como una forma de remediar la ausencia en arqueología de unas actividades fundamentales para el desarrollo de cualquier grupo humano y que enseñan mucho sobre la vida de las mujeres. Tal y como ellas lo expresan:

“En el nostre cas aquesta inquietud està provocada per la pràctica absència de repercussió en els estudis arqueològics de tota una sèrie d’activitats, portades a terme fonamentalment per dones, i a les quals s’associen experiències i coneixements fonamentals per entendre les dinàmiques socials d’ara y d’abans” (GONZÁLEZ MARCÉN et al. 2006: 1).

No obstante, se ha dado un paso más allá en la comprensión de este desinterés recurrente de los relatos históricos y su clave ha sido ofrecida por Almudena Hernando (2006). Según Hernando, la ocultación no se debe tanto a un interés por prescindir de las mujeres en sí mismas, sino a una incompatibilidad entre la lógica que domina las actividades de mantenimiento y la lógica que guía el relato histórico. Ellas son olvidadas por sostener el peso a dichas actividades (ibid.: 116). Para comprenderlo es necesario entender que la Historia es el discurso de legitimación predominante en la Modernidad, caracterizada por el auge del individualismo como identidad (HERNANDO 2002). Es el mecanismo que utilizamos para convencernos de que somos el grupo humano con más éxito en su supervivencia. Este discurso se basa en el cambio y el dominio tecnológico y se estructura en forma de sucesión de “cambios que demuestran el aumento de la capacidad técnica de control material del mundo de nuestro propio grupo, poniendo en ello la clave de nuestra supervivencia” (HERNANDO 2006: 123-124). En consecuencia, la Historia solo ha contemplado a los individuos protagonistas de los cambios, y éstos han sido un determinado grupo de hombres. Es por ello

que Hernando califica el discurso histórico como patriarcal, porque solo ha tenido en cuenta los valores que han encarnado fundamentalmente los hombres (ibid.: 127). Ni las actividades productivas recurrentes y no especializadas, ni las actividades de mantenimiento han tenido su lugar en el relato histórico, ni por ello los hombres y las mujeres que se han dedicado a ellas (ibid.: 124).

De esta reflexión surge una caracterización más profunda de lo que son y lo que suponen para la vida humana las actividades de mantenimiento. Tal y como las describe Hernando:

“[...] son actividades no especializadas que no se asocian al cambio, sino a la recurrencia; que no exigen el desplazamiento a espacios desconocidos, sino precisamente su ejecución en un lugar absolutamente conocido y completamente investido de sentido y emociones, como es el espacio doméstico, y que no implican un desarrollo de la individualidad, sino que precisamente se asocian al sostenimiento de los vínculos y la cohesión del grupo, al mantenimiento del núcleo al que se pertenece, a un mundo de relaciones inter-subjetivas y no de racionalizaciones objetivadoras” (2006: 126).

Desde la perspectiva postestructuralista que propone Hernando, las actividades de mantenimiento adquieren una importancia que va más allá del bienestar material del grupo, dichos trabajos permitieron la existencia de la individualidad como identidad humana sin que dicha existencia desmembrara a los grupos humanos, garantizando la estabilidad a quienes protagonizaban el cambio. Por este motivo, el estudio de estas tareas implica completar el análisis con la otra tarea que ha garantizado nuestra supervivencia, la que ha asegurado los vínculos en lugar de la “fragmentación individualizadora que se asocia a la especialización tecnológica” (HERNANDO 2006: 130). Las actividades de mantenimiento siempre han implicado la creación de redes y relaciones inter-

personales, las relaciones entre quienes cuidan y quienes son cuidados, en definitiva, han posibilitado la sociabilidad (MASVIDAL et al. 2000: 109).

En este sentido, este nuevo campo de investigación repite las pautas de la epistemología feminista en su intento por integrar en el conocimiento de las ciencias sociales aquellas experiencias femeninas que han sido recurrentemente ignoradas, para mejorar con ello unas ciencias que buscan comprender la totalidad de la experiencia humana. Partir de lo que ha sido la experiencia femenina durante siglos para observar la realidad social ofrece un nuevo prisma que completa nuestro conocimiento sobre las sociedades del pasado y nos libera de versiones estereotipadas y valores sexistas.

CONCLUSIÓN

Si queremos que la sociedad en general tenga un conocimiento sobre las gentes del pasado más real, sin tópicos ni estereotipos como los de género, tendremos que empezar por depurar a la academia de los sesgos que se cuelan en sus resultados y para ello es imprescindible contar con perspectivas críticas como la feminista. Una conciencia más explícita de que la ciencia no es inmune a las dinámicas de poder que impregnan el mundo social ayuda a construir un conocimiento más riguroso y autoconsciente. A menudo, los tópicos y estereotipos no son simples distorsiones de la realidad, suelen esconder pautas de desigualdad social ampliamente aceptadas en la cultura que las genera. Por ello, el alimentar perspectivas que analicen las sociedades del pasado desde puntos de vista situados en los márgenes sociales ayuda a construir una disciplina arqueológica más plural e inmune a distorsiones interesadas que justifiquen desigualdades en el presente.

BIBLIOGRAFIA

- ARANDA JIMÉNEZ, G., MONTÓN SUBIAS, S., SÁNCHEZ ROMERO, M. & ALARCÓNGARCÍA, E. (2009):** Death and everyday life. The argaric societies from Southeast Iberia, *Journal of Social Archaeology*, 9(2), 139-162
- BARDAVIO, A. & GONZÁLEZ MARCÉN, P. (1996):** La vida quotidiana a la prehistòria. L'estudi de les activitats de manteniment, *Balma*, 67-16.
- BRUMFIEL, E.M. (1992):** Distinguished Lecture in Archaeology: Breaking and Entering the Ecosystem- Gender, Class and Faction Steal the Show, *American Anthropologist*, 94(3), 551-567.
- CONKEY, M.W. & SPECTOR, J. (1984):** Archaeology and the Study of Gender, en Schiffer, M. (ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, (1-38). Nueva York: Academic Press.).
- DOMMASNES, L.H. (1992):** Two Decades of Women in Prehistory and in Archaeology in Norway, A Review, *Norwegian Archaeological Review*, 25(1)1-14.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. (2006):** Arqueologías críticas: el conflicto entre verdad y valor, *Complutum*, 17191-203
- GERO, J. (1985):** Sociopolitics and the Woman-at-home Ideology, *American Antiquity*, 50342350.
- GONZÁLEZ GARCÍA, M. (2005):** *Epistemología Feminista y Práctica Científica*, en BlázquezGraf, N. & Flores, J. (eds.), *Ciencia, Tecnología y Género en Iberoamérica*, (575-596). Coyoacán (México): UNAM.). GONZÁLEZ MARCÉN, P., MONTÓN SUBIAS, S. & PICAZO GURINA, M. (Eds.) (2006) *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*, Barcelona, UAB.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., MONTÓN SUBIAS, S. & PICAZO GURINA, M. (2008):** *Towards an archaeology of maintenance activities*, en Montón Subias, S. & Sánchez Romero, M. (eds.), *Engendering Social Dynamics: The Archaeology of Maintenance Activities*, (3-8). Oxford: British Archaeological Reports.)
- HARDING, S. (1986):** *The Science Question in Feminism*, London: Cornell University Press.
- HARDING, S. (1991):** *Whose science? Whose knowledge?*, Ithaca: Cornell University Press.
- HARDING, S. (2002):** "Strong Objectivity": A Response to the New Objectivity Question, en Kourany, J. (ed.), *The gender of science*, (340-352). New Jersey: Prentice Hall.).
- HEMPEL, C. (1965):** *Aspects of Scientific Explanation*, New York: The Free Press.
- HERNANDO, A. (2006):** ¿Por qué la historia no ha valorado las actividades de mantenimiento?, en González Marcén, P., Montón Subias, S. & Picazo Gurina, M. (eds.), *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*, (115-133). Barcelona: UAB. Ser. 11).
- JOHNSON, M. (2009):** *The theoretical scene, 1960-2000*, en Cunliffe, B., Gosden, C. & Joyce, R. (eds.), *The Oxford Handbook of Archaeology*, Oxford: Oxford University Press.).
- LONGINO, H. (1990):** *Science as Social Knowledge: Values and Objectivity in Scientific Inquiry*, Princeton: Princeton University Press.
- LOZANO RUBIO, S. (en prensa):** Gender

Thinking in the Making: Feminist Epistemology and Gender Archaeology, Norwegian *Archaeological Review*.

MARTIN, M.K. & VOORHIES, B. (1975): *Female of the Species*, New York: Columbia University Press.

MASVIDAL, C., PICAZO, M. & CURIÀ, E. (2000): Desigualdad política y prácticas de creación y mantenimiento de la vida en la Iberia septentrional, *Arqueología Espacial*, 22107 122.

MONTÓN SUBIAS, S. (2000): Las mujeres y el espacio: Una historia del espacio sin espacio en la historia, *Arqueología Espacial*, 2245-59.

MONTÓN SUBIAS, S. (2009): Muerte e identidad femenina en el mundo argárico, *Trabajos de Prehistoria*, 67(1).

MOSER, S. (1993): *Gender Stereotyping in Pictorial Reconstructions of Human Origins*, en DuCros, H. & Smith, L. (eds.), *Women in Archaeology: A Feminist Critique*,(75-92). Canberra, Australia: Australian National University.

NAGEL, E. (1961): *The Structure of Science*, New York: The Free Press.

NELSON, L.H. (1990): *Who knows: From Quine to a Feminist Empiricism*, Philadelphia: Temple University Press.

NELSON, M.S. (2006): *Introduction. Archaeological Perspectives on Gender*, en Nelson, M.S.(ed.), *Handbook of gender in archaeology*,(1-27). Oxford: Altamira Press.

PICAZO, M. (1997): *Hearth and home: the timing of maintenance activities*, en Moore, J. & Scott, E. (eds.), *Invisible people and processes. Writing Gender and Childhood into Euro-*

pean Archaeology,(59-67). London: Leicester University Press.

POTTER, E. (2006): *Feminism and Philosophy of Science*. An introduction, London and New York: Routledge.

QUEROL, M.Á. (2000): El espacio de la mujer en el discurso sobre el origen de la humanidad, en *González Marcén, P. (ed.), Espacios de género en Arqueología*,(161-174). Teruel: Arqueología Espacial.

QUEROL, M.Á. (2003) Eva, la diferente. *X Coloquio internacional de la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres: Representación, Construcción e Interpretación de la imagen visual de la mujer*, AEIHM e Instituto de Cultura y Tecnología "Miguel de Unamuno".

QUEROL, M.Á. (2005): "El origen del hombre" y la identidad femenina: los mitos duraderos, en Sánchez Romero, M. (ed.), *Arqueología y género*,(441-456). Granada: Universidad de Granada.

QUEROL, M.Á. (2008): La imagen de la mujer en las reconstrucciones actuales de la Prehistoria, en Prados, L. & Ruiz López, C. (eds.), *Arqueología del género: 1er encuentro internacional en la UAM*,(27-42).

QUINE, W.V.O. (1990): *Three indeterminacies*, en Barret, R. & Gibson, R. (eds.), *Perspectives on Quine*,(1-16). London: Blackwell.

SORENSEN, M.L.S. (2000): *Gender Archaeology*, Cambridge: Polity Press.

SPECTOR, J. (1983): *Male/Female Task Dif-*

ferentiation Among the Hidatsa: Toward the Development of an Archaeological Approach to the Study of Gender, en Albers, P. & Medicine, B. (eds.), *The Hidden Half*, (77-99). Washington D.C.: University Press of American.)

SPECTOR, J.D. & WHELAN, M.K. (1989): Incorporating Gender into Archaeology Courses, en Morgen, S. (ed.), *Gender and Anthropology: Critical Reviews for Research and Teaching*, (65-94). Washington D.C.: American Anthropological Association.)

TANESINI, A. (1999): An Introduction to Feminist Epistemologies, Oxford and Massachusetts: Blackwell.

WATSON, P.J. & KENNEDY, M., C. (1991): The Development of Horticulture in the Eastern Woodlands of North America: Women's Role, en Gero, J. & Conkey, M. (eds.), *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*, (255-275). Oxford: Blackwell.)

WYLIE, A. (1994): Evidential Constraints: Pragmatic Objectivism in Archaeology en Martin, M. & McIntyre, L. (eds.), *Readings in the Philosophy of Social Science*, Cambridge: MIT press.)